

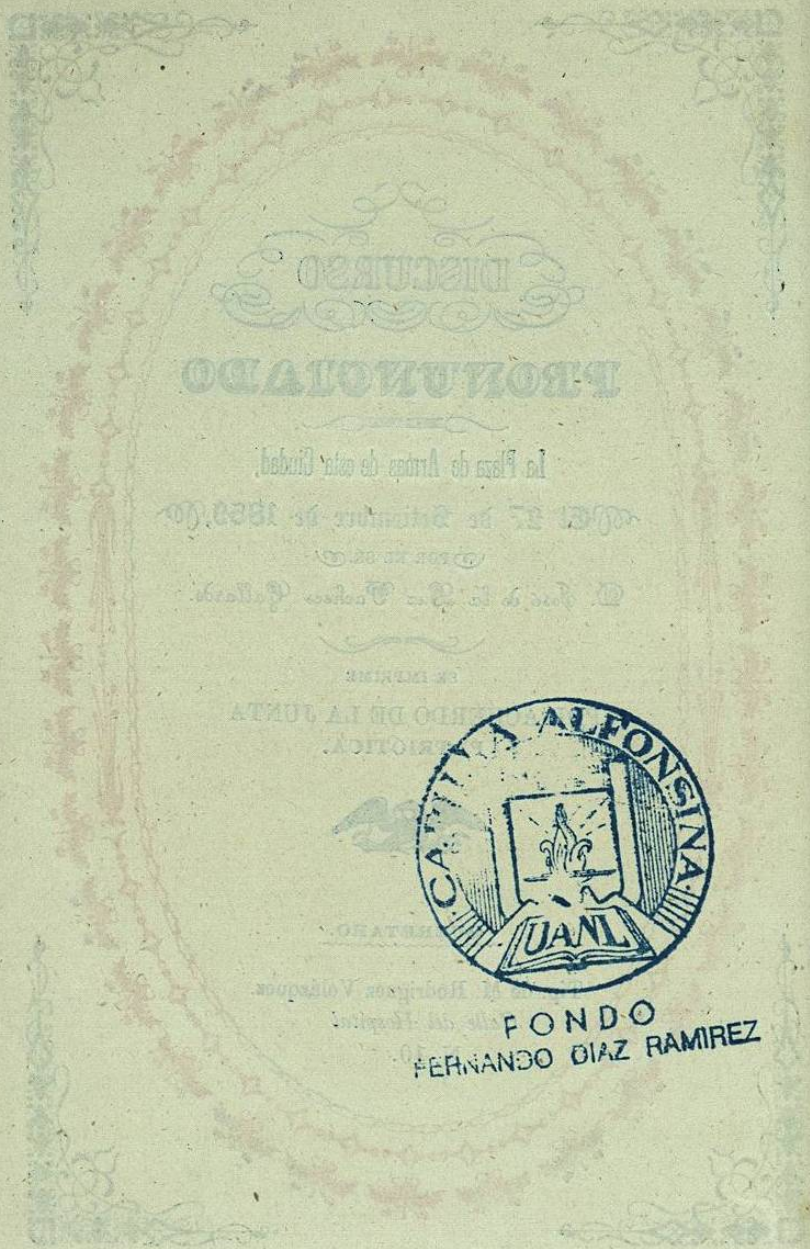
**DISCURSO**  
**PRONUNCIADO**

La Plaza de Armas de esta Ciudad,  
 El 27 de Setiembre de 1859,  
 POR EL SR.  
 D. José de la Luz Pacheco Gallardo.

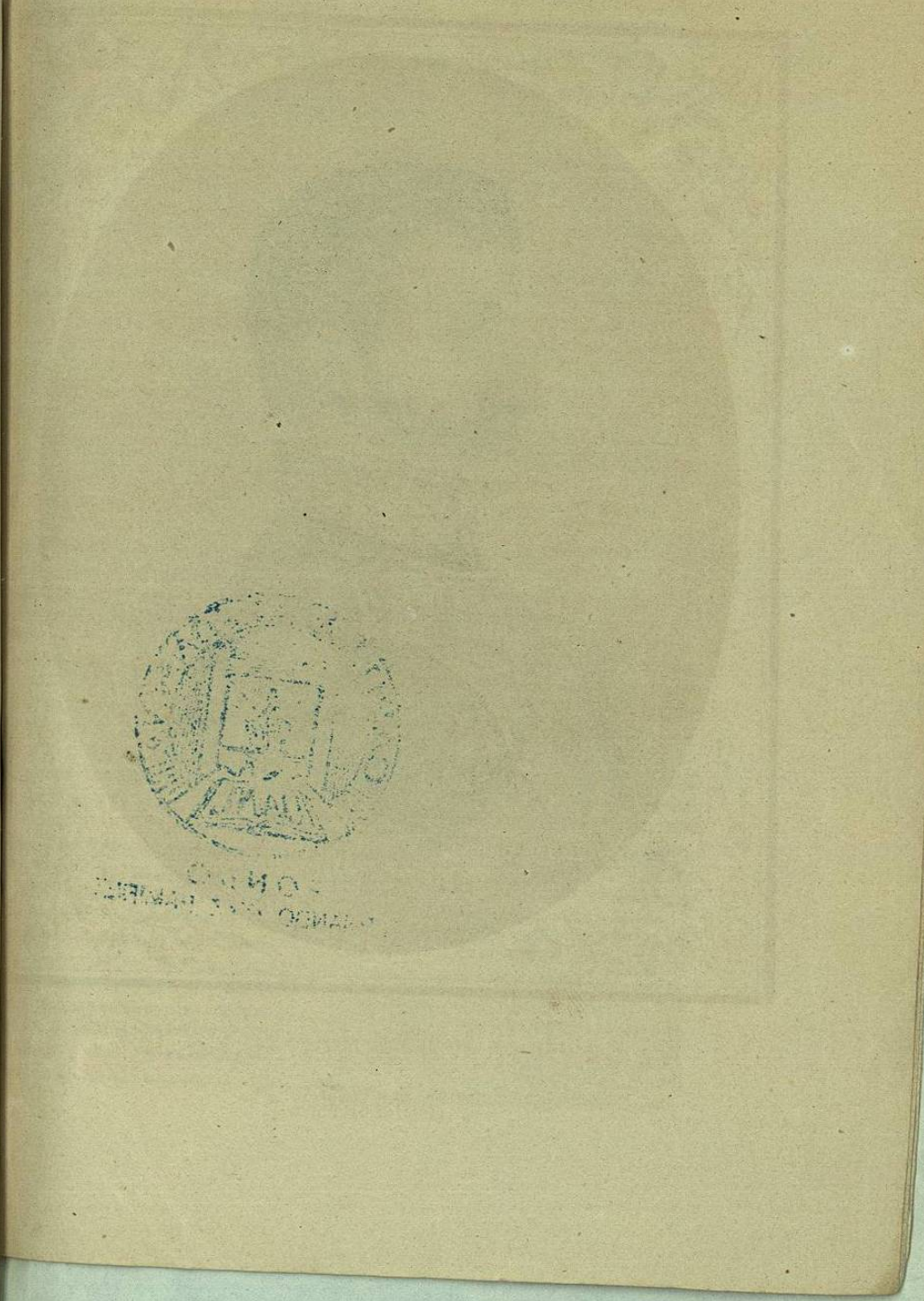
SE IMPRIME  
 POR ACUERDO DE LA JUNTA  
 PATRIÓTICA.

QUERETARO.  
 Tip. de M. Rodriguez Velázquez.  
 Calle del Hospital  
 N. 10.





FONDO  
 FERNANDO DIAZ RAMIREZ

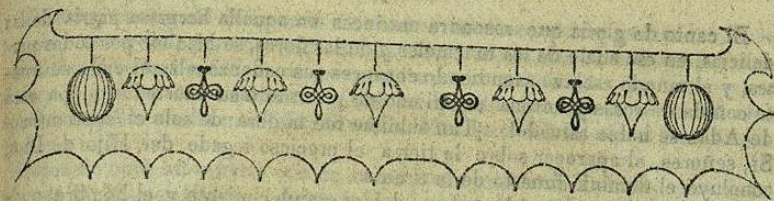






EL LIBERTADOR DE MEXICO.

D. AGUSTIN ITURBIDE



Se halla al lado de la cuna de todos los pueblos á la Religión, así como á la filosofía cerca de su sepulcro.

EL ARATE DE LA MENSAJE.

¡SALUD pueblitos todos de la tierra! ¡Salud!... El error y la esclavitud huyen amedrentados á ocultarse en la tumba cavada por sus propias manos; "Los dioses se van!" "La ira de Jehova ha tronado contra ellos, y un signo de salud brilla en la altura." Tal fué el grito de júbilo, señores, que se dejó oír en la majestuosa Roma, en el instante mismo que Constantino, llevando en sus manos una cruz, entró triunfante en la ciudad reina del mundo y sobre el sepulcro de los mártires, recibió la corona de aquel imperio, declarando que la Religión Cristiana sería desde entonces la religión de la patria de los Césares. El águila guerrera de Rómulo, humilló su cabeza ante el árbol sacrosanto del Gólgota: las mentidas deidades de un pueblo pagano ruedan de sus pedestales, como gimiendo despechadas de su derrota. El Prorostis y el arco de Tito, el Capitolio y la Via-Sacra, han visto caer en pedazos los dioses que en el ardor de las pasiones adoró una generación idólatra. Los rayos de Júpiter se extinguieron, y las venganzas de Juno embotaron el filo de sus puñales. Los emponzoñados mitos de Vénus se agostaron, y la lira de Apolo no volvió á cantar en los festines, á los amores sensuales. Baco rompió su copa de oro en que hacia beber el fuego que produce los letales delirios; y Ascanio huyó avergonzado de su desnudez ante las vírgenes cristianas. Allí en fin, donde antes reinaban las tinieblas del error, con su triste séquito de dolores y de remordimientos, se fijó para siempre el dulce imperio de la Cruz; es decir: el imperio de la paz, de la luz y de la libertad del mundo.



El canto de gloria que resonará entonces en aquella hermosa patria de las delicias, en ese suelo de los mármoles y de las flores, se hizo oír por todas partes, y el mundo esclavo sacudiendo entonces sus cadenas, alza al cielo su frente ceñida de rosas y entona un himno de gratitud á su libertador. ¡La raza de Adán se había salvado! ¡Tan sublime fué la obra de solo el cristianismo! Sí, señores, al aparecer sobre la tierra el precioso legado del Hijo de Dios, concluyó el dominio funesto de la tiranía.

La sociedad entró en el sendero del engrandecimiento y el hombre pudo aspirar á la inmortalidad feliz. Los pueblos, a medida que fueron percibiendo el eco de la victoria adquirida por la Religión y atraídos por los encantos de esta augusta hija del cielo, fueron sometidos a su bienhechora influencia. Nosotros a nuestra vez entramos en el número de sus hijos, y fuimos participantes de sus beneficios.

Una nación grande y bella se alzó de entre los escombros de la antigua raza, si puedo explicarme así respecto de un pueblo cuyos templos, cuyos altares estaban consagrados a carnivoras divinidades y enrojecidos con la sangre de innumerables víctimas humanas.

Solo la Religión Cristiana, señores, pudo verificar esa grandiosa transformación. Un suelo poblado de seres desgraciados que sin luz, esclavos de los vicios de la idolatría y que por consiguiente morían sin haber vivido, se convierte en una nación que podia figurar entre las primeras del mundo.

A este punto he querido traer vuestra atención; para eso me he valido antes, de describir a vuestros ojos aunque muy ligeramente, uno de los grandes sucesos que se ha presentado en la carrera de los siglos, digno de la admiración de todas las edades.

Si he bosquejado á Constantino llevando la libertad con el cristianismo triunfante, a Roma esclava por el politeísmo, he querido presentaros a un noble compatriota nuestro que justamente puede tenerse como un héroe digno de nuestra veneración y de nuestros mas dulces recuerdos; porque alimentado con la Religión, hizo la independencia de México, teniendo por enseña y colocandose a la sombra de ese adorable patrimonio que heredamos de nuestros mayores.

A ese ilustre caudillo de la independencia nacional, á ese Rey, destronado por una mano sacrilega y liberticida; a *Iurbide*, cuya efigie se halla colocada en ese altar levantado por el patriotismo, y santificado por el tierno sentimiento de la gratitud; á *Iurbide* esta consagrado este dia de gloriosos recuerdos. No necesitaba decirlos su nombre, vuestro corazón palpita de alegría, antes que yo, os ha dicho quien es.

El amor á la patria, ese dulcísimo sentimiento instintivo en todos los seres, que hace amable para "el salvaje su barraca" lo mismo que "al príncipe su alcázar dorado: que no puede hacer olvidar al pastor escocés "ni sus torrentes ni sus nubes," y que hace al Arabe recordar siempre "el pozo del camello, la gacela y sobre todo su caballo, compañero de sus correrías." El amor á la patria, que trae constantemente á la memoria del hijo de la Africa ardiente, "su casa, su azagaya, su bananero y el sendero de la Cebra y del Elefante." Ese amor "que formó á Homero y a Virgilio" que immortalizaron a Yonia y las praderas de Mantua. Ese amor, en fin, que santificado por el cristianismo se refiere á la fraternidad universal, es quien por último, os ha traído á este lugar, á tributar el homenaje que se debe al jefe inmortal de las garantías.

Yo estoy encargado de hacerlo en vuestro nombre, encargo superior á mis fuerzas, es verdad, pero como él me ha sido confiado por la respetable junta patriótica de esta Ciudad, lo estimo como un honroso precepto que deseo obedecer, y gustoso con vosotros colocaré mi humilde flor, sobre la tumba del hombre a quien un dia mas feliz, la nación Mexicana saludó con el justo título de Agustín I.

Cerca de once años hacia que en el pequeño pueblo de Dolores, el anciano párroco D. Miguel Hidalgo, habia hecho resonar bajo el espléndido cielo de México, el grito glorioso de independencia.

Allende, Aldama, Morelos, Jimenez, Abasolo, Matamoros, Galeana, Rayon y otros mil bravos, se lanzaron a un combate sangriento, sacrificando su vida por solo hacer grande a la patria que los vio nacer. ¡Once años...! once años habian transcurrido de sangre inútilmente derramada! ¡Once años de lágrimas, de combates y de cadalsos! En vano los esfuerzos heroicos! en vano el cañon mexicano habia interrumpido mil veces el magestuoso silencio de nuestros campos, y allí donde antes se viera un suelo rico y floreciente, riviendo con las doradas sementeras; solo se vé despues un ancho sepulcro que guarda los restos mutilados de innumerables valientes que sucumbieron al golpe rudo de la cuchilla realista. El estruendo formidable de la lucha se iba estinguendo poco a poco: el eco producido por las artillerías se oia muy léjos, como se oye el estallido del rayo cuando se aleja la tempestad; ó como gime ó rugen el huracan en los apartados bosques.

Muchos gefes mexicanos dormian ya el sueño de la muerte; otros, cansados de luchar sin obtener el éxito deseado, ó quiza horrorizados por las represalias y excesos á que siempre abre facil puerta la guerra; depusieron sus armas ante el leon de Iberia, pidiendo un indulto, y otros en cuyo seno era inestinguible el amor patrio conservaron el fuego de independencia en las ardientes montañas del Sur. El cetro de Fernando VII, podia aun tocar el último limite de la patria de Guatimotzin, y sus descendientes habian vuelto á caer como letargados, sobre sus cadenas.

En ese estado lucia un sol y otro sol, y nada se adelantaba en la colosal empresa de Hidalgo. El angel de la muerte no habia agotado su venenoso cáliz: podia aun derramar la última gota sobre la infortunada México.

No hacia muchísimo tiempo que la Europa, conmovida profundamente por la filosofía, habia presenciado la caída de los tronos, y apenas iba saliendo de entre las ruinas de sus monumentos cristianos, cuando la España, esa nación llamada justamente católica por excelencia, y que conservaba inmarcesibles los laureles que cifieron su frente en el siglo XVI: esa nación digo, que ennobleció sus conquistas por medio del cristianismo, por una desgracia que deplora todavía vió aparecer en su seno el filosofismo que engendrando la rebelion contra la Religión Católica, anegó en sangre el suelo de la Francia, y la hizo presa de los furios de una multitud embriagada con las doctrinas antisociales." La España, pues, sufre una transformación dolorosa como si olvidara lo que fué y se hace victima con poca diferencia de los mismos desastres que asolaron no solo á la patria de San Luis, sino á toda la Europa protestante. ¿Qué suerte, pues, podia haber tocado a México, sometida al dominio de una nación que aceleradamente caminaba á su sepulcro? Sin duda, señores, que nosotros debiamos caer tambien humillados bajo la ignominia que comenzaba á sombrear el frente de nuestros padres. Asi sucedia efectivamente. Los decretos de las